

Antropología unamuniana VI *Principios ontológicos de unidad y continuidad del ser*¹

EMANUEL JOSÉ MAROCO DOS SANTOS²

Universidade de Coimbra
Universidade de Salamanca
maroco.dos.santos@gmail.com

SUMARIO

Los principios ontológicos de la unidad y continuidad del ser constituyen los dos rasgos fundamentales de la categoría de la identidad dentro del pensamiento filosófico del autor. La importancia de los mismos se manifiesta, desde el primer momento, en el hecho de que su antropología filosófica esté polarizada a partir de las categorías de la identidad, alteridad y diferencia ontológicas. Dado que la complejidad del pensamiento unamuniano

1 Este artículo es el resultado de un largo proyecto de investigación publicado primero en Portugal, en la revista *Igreja e Missão*, y después en España, donde continuamos el desarrollo del mismo en los *Cuadernos del Tomás*. Los títulos de los trabajos ya publicados son los que indicamos a continuación: “Antropología unamuniana I. El hombre de carne y hueso: lectura de Thomas Carlyle”, *IM*, 208 (2008), 213-232; “Antropología unamuniana II. Ser volitivo: presencia de Arthur Schopenhauer”, *IM* 210 (2009), 3-17; “Antropología unamuniana III. Deseo de inmortalidad: afinidad literaria hacia Miguel de Cervantes y Calderón de la Barca”, *IM* 215 (2010), 527-545; “Antropología unamuniana IV. Hombre, en cuanto cosa, “res”: re-lectura de Baruch Spinoza”, *CT* 3 (2011) 73-84; “Antropología unamuniana V. Instintos de conservación y perpetuación: mediación de Charles Darwin”, *CT* 4 (2012), 87-98.

2 Emanuel José Maroco dos Santos es Licenciado en Filosofía por la *Universidade de Coimbra*, estudiante de doctorado en la *Universidade de Salamanca* y becario de investigación de la *FCT – Fundação para a Ciência e a Tecnologia* (Lisboa, Portugal).

no nos permite, en un único estudio, el análisis conjunto de las tres categorías, optamos por centrarnos en la categoría de la identidad y en sus principios de unidad y continuidad del ser que constituyen la dimensión más positiva de su proyecto antropológico.

Palabras clave: identidad, unidad y continuidad.

SUMMARY

The ontological principles of the unity and continuity of beings are the two fundamental traits of the category of identity within Unamuno's philosophical thought. Their importance is manifested from the very beginning in the fact that his anthropological philosophy is polarized around the categories of ontological identity, alterity and difference. Given the complexity of Unamuno's thought, it is impossible to analyse all three categories together in one study, and we have therefore chosen to focus on the category of identity and its principles of the unity and continuity of beings, which form the most positive dimension of his anthropological project.

Key words: identify, unity and continuity.

Dentro del sistema filosófico del autor, la cuestión de la identidad personal se presenta directamente relacionada con la aspiración constitutiva de inmortalidad, y, por ende, con los principios ontológicos de la unidad y de la continuidad del ser, puesto que su proyecto ontológico, para poder concretarse, no puede admitir ninguna ruptura o discontinuidad en la esencia misma de la estructura biopsíquica de hombre unamuniano. No es de extrañar, pues, la importancia que el bilbaíno ha concedido a esta cuestión³ que interpreta como *conditio sine qua non* de su proyecto antropológico⁴. A este propósito, es particularmente significativa la reflexión

3 Cf., M. de Unamuno, *Diario Íntimo*, en *O.C.*, Madrid 1970, vol. VIII, 873-874. "Apartando tu mirada de la venidera muerte y de la nada que mereces y temes, vuélvela hacia atrás y considera tu pasada nada, antes de que nacieras. ¿Qué eras antes de nacer? Una mera idea divina. ¿Por qué eres tú y no otro? Es decir, ¿por qué eres? En ti mismo, en tu conciencia verás el misterio de la creación. Si miras con calma tu nacimiento, ¿por qué no miras también con calma tu desnacimiento? Y si te aterra la muerte, ¿por qué no consideras con temor tu des-muerte, tu nacimiento? ¡Cuán poco pensamos en nuestro nacimiento, en nuestro personal original! Yo soy yo y no otro, es decir, yo soy". [Los subrayados son nuestros.]

4 Cf., M. de Unamuno, "Prólogo a la tercera edición", *Niebla*, en *O.C.*, Madrid 1967, vol. II, 550. "No se sueña dos veces el mismo sueño. Ese que usted vuelva a soñar y crea soy yo será otro" ¿Otro? ¿Cómo me ha perseguido y me persigue este otro! Basta ver mi tragedia *El Otro*."; M. de Unamuno, "Autocrítica", *El Otro*, en *O.C.*, Madrid 1968, vol. V, 653. "Mas respecto al protagonista masculino de mi "misterio" le he hecho llamar— *El Otro*, me ha brotado de la obsesión, mejor que preocupación, del misterio —no problema—, de la personalidad, del sentimiento congojoso de nuestra identidad y continuidad individual y personal"; M. de Unamuno, *Tulio Montalbán y Julio Macedo*, en *O.C.*, Madrid 1967, vol. II, 963. "— Pues quédate, Tulio, y viviremos así; yo contigo. ¿Seré tuya! // — De Tulio o de Julio, ¿otra vez? // — De quien quieras... // — No, de quien yo quiera no. ¡Tú eres del otro, no de mí! Tú eres del nombre. Te vi, sentíme resucitar, te busqué y me encontré con que el otro, el que creía haber matado, te había vuelto el seso. Me encontré con el de ese libro fatal. Y

que el autor hace sobre los cinco ensayos que componen su *En torno al casticismo*, ya que, en el Prólogo a su reedición conjunta, firmado en Salamanca en septiembre de 1902, puntualiza algunas asimetrías teórico-conceptuales en la forma como concebía, por aquel entonces, las mismas materias que había analizado siete años antes entre los meses de febrero y junio de 1895. Lo que es particularmente decisivo, si se tiene en consideración que la afirmación de la movilidad del espíritu humano conlleva la suspensión del anhelo de persistencia.

Doy –escribe el rector salmantino– en este cuarto volumen de la *Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales* los cinco ensayos que me publicó la revista *La España Moderna* en sus números 74 al 78 de su año VII, correspondientes a los meses de febrero, marzo, abril, mayo y junio de 1895. Como en los siete años con estrambote que desde dicha publicación han corrido *no se ha mantenido mi espíritu inmóvil* –por fortuna–, de tener hoy que volver a tratar las mismas materias, corregiría en parte y en parte corroboraría muchas de mis afirmaciones de entonces. A ello habrían de empujarme estudios, pesquisas y meditaciones posteriores y el fruto de la experiencia de cuanto ha ocurrido después de aquella fecha. A ello me movería también la enseñanza que he cobrado de los libros, folletos y escritos de toda clase que respecto a las cuestiones de que traté en mis ensayos han aparecido a luz desde entonces⁵.

Pero, es sobre todo, en su ensayo “¡Adentro!”, publicado en 1900 en la editorial madrileña *Bernardo Rodríguez Serra*, donde Unamuno afronta directamente el problema mencionado, dado que, al considerar como hecho infranqueable la esencia temporal del ser, hace patente la movilidad del yo en las diferentes sucesiones de su tiempo biopsíquico.

El hombre de hoy no es el de ayer ni el de mañana, y así como cambias, deja que cambie el ideal que de ti propio forjes. Tu vida es ante tu propia conciencia la revelación continua, en el tiempo, de tu eternidad, el desarrollo de tu símbolo; vas descubriéndote conforme obras⁶.

El rector salmantino, al percibir, por un lado, que la existencia humana es esencialmente temporal y al intuir, por otro, que el hombre no es sustancialmente el mismo en las varias sucesiones del tiempo, siente la necesidad de plantear dicha

tú, que amabas con la cabeza, intelectualmente, a Tulio Montalbán, no podías amar con el corazón, apasionadamente, carnalmente si quieres, a un náufrago sin nombre. Todo tu empeño fue conocer mi pasado, cuando yo venía huyendo de él. ¡Y ni me conociste! Prueba que era tu cabeza, no tu corazón, el enamorado”.

5 M. de Unamuno, “Prólogo a la primera edición”, *En torno al casticismo*, en *O.C.*, Madrid 1966, vol. I, 775.

6 M. de Unamuno, “¡Adentro!”, en *O.C.*, Madrid 1966, vol. I, 948.

cuestión, ya que el espectro de la alteridad, extendiendo sus franjas hasta las raíces mismas del ser, impide que la aspiración vital de su hombre intrahistórico se materialice por falta de un soporte ontológico. Ahora bien, si la existencia humana no se mantiene estructuralmente idéntica a lo largo de su ciclo existencial, no puede concretarse su aspiración constitutiva de inmortalidad por falta de un sustrato sólido que resistiendo al paso del tiempo pueda cristalizar indefinidamente la identidad humana. No extraña, pues, la importancia concedida por el bilbaíno a los principios que configuran el título del presente estudio, dado que esta doble determinación del ser, lejos de constituirse como una caracterización abstracta, se configura más bien como una forma de singularización de cada ser humano⁷.

Lo que determina a un hombre, lo que le hace un hombre, uno y no otro, el que es y no el que no es, es un principio de unidad y un principio de continuidad⁸.

Analícemos, en primer lugar, el “principio de unidad”. Para Unamuno, el referido principio está configurado bajo dos aspectos distintos, aunque relacionados entre sí, en virtud de su aplicación biopsíquica. De este modo, si, en un primer momento, el hombre unamuniano a través de su “cuerpo” puede percibirse uno en el espacio, en tanto que poseedor de una estructura biológica indivisible; en un segundo momento, a través de su “propósito” puede percibirse igualmente uno en su acción, puesto que su desarrollo existencial, dirigiéndose hacia una determinada finalidad, momentánea o permanente, le confiere unidad en cuanto ser único e irrepetible⁹.

Analícemos, ahora, el “principio de continuidad”. Para Unamuno, dicho principio está igualmente estructurado bajo dos aspectos diferentes, aunque relacionados entre sí, que se refieren al hombre concebido ya sea como ser individual ya sea como ser social. Asimismo, si, en un primer momento, por la “memoria”, el hombre puede comprenderse a sí mismo como un ser continuo en el tiempo, en virtud de que su personalidad individual consiste en el esfuerzo por hacer del recuerdo pasado esperanza o provenir futuros; en un segundo momento, por la “tradición”, la sociedad humana puede intuirse igualmente continua en las varias sucesiones

7 Cf., M^a. del C^a. Paredes Martín, “Saber y creer en “Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos””, en *Cuad. Cát. M. de Unamuno*, 30 (1995), 92.

8 M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida...*, en *O.C.*, Madrid 1969, vol. VII, 113.

9 Cf., *Ib.*, 113. “Un principio de unidad primero, en el espacio, merced al cuerpo, y luego en la acción y en el propósito. Cuando andamos, no va un pie hacia delante y el otro hacia atrás; ni cuando miramos mira un ojo al Norte y el otro al Sur, como estemos sanos. En cada momento de nuestra vida tenemos un propósito, y a él conspira la sinergia de nuestras acciones. Aunque al momento siguiente cambiemos de propósito. Y es en cierto sentido un hombre tanto más hombre cuanto más unitaria sea su acción. Hay quien en su vida no persigue sino un solo propósito, sea el que fuere”.

del tiempo, en virtud de que su personalidad colectiva es el resultado de una serie sucesiva de momentos históricos vinculados entre sí¹⁰.

Una vez definidos dichos principios, podríamos afirmar que su importancia es tanto mayor cuanto su suspensión implicaría para el hombre unamuniano la desestructuración de su propia identidad, ya que un cambio en su estructura biopsíquica supone una discontinuidad o ruptura ontológica en su ser y, por ende, el incumplimiento del proyecto ontológico de persistencia.

Todo lo que en mí – afirma el autor – conspira a romper la unidad y la continuidad de mi vida, conspira a destruirme y, por lo tanto, a destruirse. Todo individuo que en un pueblo conspira a romper la unidad y la continuidad espirituales de ese pueblo, tiende a destruirlo y a destruirse como parte de ese pueblo. ¿Qué tal otro pueblo es mejor? Perfectamente, aunque no entendamos bien qué es eso de mejor o peor. ¿Qué es más rico? Concedido. ¿Qué es más culto? Concedido también. ¿Qué vive más feliz? Esto ya..., pero, en fin, ¡pase! ¿Qué vence, eso que llaman vencer, mientras nosotros somos vencidos? Enhorabuena. Todo eso está bien; pero es otro. Y basta. Porque para mí, el hacerme otro, rompiendo la unidad y la continuidad de mi vida, es dejar de ser el que soy; es decir, es sencillamente dejar de ser. Y esto no; ¡todo antes que esto!¹¹

Es particularmente significativo a este propósito el replanteamiento que el bilbaíno hace del problema en su ensayo “Miguel o “¿Quién como Dios?””, editado por primera vez en octubre de 1931 en *El Sol* de Madrid, dado que, al inspirarse en la escena bíblica descrita en Génesis XXXII, replantea sugestivamente el problema analizado a partir de la categoría del nombre.

¿Y mi nombre, mi esencia humana? Jacob luchó toda una noche desde la puesta del sol hasta el rayar del alba, con un ángel, esto es, un mensajero del Señor, y no le pedía perdón ni paz, que bien los necesitaba, sino que le pedía su nombre. “¿Dime tu nombre?”, tal era la congojosa pregunta de Jacob.

Y yo repasaba aquí, en el lecho, y en ensueños de insomnio de convalecencia, mi vida histórica, pública, y veía la unidad, la continuidad de ella. Y cómo durante toda ella no he hecho sino luchar con el ángel, con un arcángel del Señor, preguntándole: “¿Dime tu nombre?”. Y soñaba ahora, en ensueños de indis-

10 Cf., *Ib.*, 113-114. “Y un principio de continuidad en el tiempo. Sin entrar a discutir –discusión ociosa– si soy o no el que era hace veinte años, es indiscutible, me parece, el hecho de que el que soy hoy proviene, por serie continua de estados de conciencia, del que era en mi cuerpo hace veinte años. La memoria es la base de la personalidad individual, así como la tradición lo es de la personalidad colectiva de un pueblo. Se vive en el recuerdo y por el recuerdo, y nuestra vida espiritual no es, en el fondo, sino el esfuerzo de nuestro recuerdo por perseverar, por hacerse esperanza, el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir”.

11 *Ib.*, 115.

puesto, de malucho convaleciente, que ese nombre, que el nombre del arcángel con quien he estado en lucha, era mi mismo nombre, era el nombre que por gracia divina llevo, era el nombre de Miguel, que, declarado, quiere decir: “¿Quién como Dios?”¹².

No es casual, sino que está cargada de significado, la conexión establecida por Unamuno entre las nociones de identidad y nombre, puesto que, al partir del supuesto de que su nombre es el reflejo de su propia esencia, se permite replantear el problema de la identidad a través de un estudio personal de su propio ser. Para ello, toma como punto de partida su nombre¹³, que significa etimológicamente “¿quién como Dios!”, y desde el mismo se permite determinar su unidad y la continuidad existenciales forjadas, a imagen de Jacob, en la lucha con el ángel del Señor¹⁴. No extraña, pues, que Unamuno perciba en la cuestión sobre la existencia de Dios la gran cuita de su existencia, cuya respuesta siempre enigmática y abierta se cimienta en un diálogo permanente y polémico entre las extremas y antitéticas facultades humanas de “gnosis” y “pistis”. En lo que concierne al tema es particularmente sugestivo su ensayo “¿Mi nombre? ¡Miguel!” que, coetáneo del anterior, contesta a la susodicha cuestión a partir de las diversas formas que el anhelo de persistencia puede adquirir y que halla en la fama¹⁵ y en la religión¹⁶ sus formas más importantes de concreción.

12 M. de Unamuno, “Miguel o “¿Quién como Dios?””, en *O.C.*, Madrid 1970, vol. VIII, 1159.

13 Cf., M. de Unamuno, ““¿Mi nombre?” ¡Miguel!””, en *O.C.*, Madrid 1970, vol. VIII, 1160. “¿Me preguntan por mi nombre? Me llamo Miguel. Y este nombre no me lo he puesto yo, sino que me lo pusieron mis padres porque nací el día de San Miguel Arcángel, el 29 de septiembre. Y no me pusieron más que ese nombre. En mi partida de bautismo no figura esa letanía de nombres que de ella no salen”.

14 Cf., *Ib.*, 1160. “Me llamo, con nombre de pila, Miguel y sólo Miguel. Y es un nombre que no he conquistado, sino que me ha conquistado él. Porque llamarse Miguel, por vía de la Providencia, obliga a algo al que hace una espada de su pluma y se mete a pelear con el *pandemonium*”.

15 Cf., *Ib.*, 1160-1161. “Me llamo Miguel. Este nombre han llevado españoles que no puedo olvidar. Miguel se llamó Servet, aquel hereje a quien hizo quemar otro hereje en Ginebra en 1553 (...). Miguel se llamó Molinos, el aragonés, el que en la doctrina del aniquilamiento halló una de las más vigorosas fuerzas de acción y de señorío sobre las almas. Miguel se llamó López de Legazpi, mi paisano, vasco como yo y hombre de pluma (...). Y Miguel se llamó, en fin, el que nos descubrió a Don Quijote, que fue más que descubrirnos el Nuevo Mundo, porque nos descubrió el mundo futuro. Y por sortilegio del nombre que la Providencia me puso, del único con que he abonado siempre mis escritos (...), por ese sortilegio las sombras espirituales de Servet, de Molinos, dos herejes, y las de Legazpi y Cervantes, dos conquistadores con la pluma, me han acompañado siempre”.

16 Cf., *Ib.*, 1161. “Miguel, que es un nombre bíblico y quiere decir: “¿Quién como Dios?” Se habla en el Libro de Daniel (cap. X, versillo 13), donde se dice que Miguel, uno de los principales príncipes angélicos, fue a ayudar al profeta contra el príncipe del reino de Persia, porque como dice San Pablo (Efesios, VI, 12) tenemos lucha no sólo contra sangre y carne, sino contra principados y

“Y si como español – escribe Unamuno – las sombras de Servet y Molinos, los herejes, y las de Legazpi y Cervantes, los conquistadores de pluma y descubridores de mundos, acompañan a mi nombre, como cristiano que se apacienta en el Evangelio recuerdo al que peleó contra el Dragón Infernal, al que asistió al profeta contra el príncipe del reino de Persia, al que pelea en el juicio, contra el Diablo que defiende su orden, el orden diabólico. Y si alguien me dijera que esto es leyenda, le diré que es leyenda la vida de Don Quijote y que fue leyenda la pérdida de Filipinas. Y que hay leyenda blanca y leyenda negra, leyenda angélica y leyenda diabólica. (Ya sabéis lo que diabólico, derivado de diablo, quiere decir. La verdad diabólica es la verdad oficial). Y me llamo Miguel”¹⁷.

Dentro de la producción literaria unamuniana hay un drama donde se analiza con detalle la cuestión de la identidad personal a la luz del vínculo que mantiene con el tema de la alteridad. Nos referimos en concreto al *El pasado que vuelve*, de 1910. A este respecto, es muy significativa la interpretación que el autor realiza de su propio quehacer y que se halla cristalizada en las dos cartas que ha envidado a Teixeira de Pascoaes y F. Antón Casaseca en los comienzos del año de 1910.

Analicemos, en primer lugar, la información que el autor ofrece en la misiva que dirige al poeta portugués Teixeira de Pascoaes, fechada en Salamanca el 10 de enero de 1910.

“Es el drama de cuatro generaciones. Un usurero tiene un hijo generoso y noble, que, horrorizado de su padre, huye de casa; este hijo tiene a su vez un hijo en quien se reproduce el abuelo y que le echa en cara su prodigalidad, con la que quiere borrar los crímenes del primero; a su vez, ese tercero tiene un hijo, que es generoso y noble como su abuelo, y el viejo excita y azuza a su nieto contra su padre. Es el drama de cuatro generaciones alternantes”¹⁸.

Analicemos, ahora, la información que Unamuno detalla en la carta que dirige a su antiguo alumno y querido amigo F. Antón Casaseca, fechada en la misma ciudad el 4 de enero del mismo año.

“Esto me sirve para escenas en que un viejo está en coloquio consigo mismo, tal como era de joven; un caso de desdoblamiento en edades. Cada uno de los que vamos siendo mata al de la víspera. El viejo y el mozo se unen contra

potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, y nos invita a tomar la armadura de Dios, ceñidos nuestros lomos de verdad y vestidos de la cota de justicia”.

17 *Ib.*, 1161.

18 Carta de Unamuno a Teixeira de Pascoaes, Salamanca, 10.I.1910, en J. Montezuma de Carvalho (Ed.), *Epistolario ibérico: cartas de Pascoaes y Unamuno*, Madrid² 1990, 67-68.

el padre, que reproduce, a su vez, al difunto bisabuelo. Son cuatro generaciones alternantes. Espero que la cosa me salga de interés”¹⁹.

Si se analiza el contenido de las mencionadas misivas pronto se hará patente que aportan informaciones bastante significativas para la comprensión de dicha obra teatral. Si en la primera misiva, desde una perspectiva eminentemente literaria, Unamuno expone la estructura temática que anima su proyecto literario y que consiste en la descripción de cuatro generaciones sucesivas, donde las antinomias avaricia-generosidad y conservadorismo-socialismo se entrecruzan en las líneas genealógicas de Roderos y Landetas²⁰; en la segunda misiva, desde una perspectiva más filosófica, deslinda los cimientos ontológicos que presiden la elaboración de su proyecto que se erige y configura en torno a la cuestión de la identidad personal y de los principios ontológicos de la unidad y continuidad del ser.

Víctor, el protagonista del drama, hijo de Don Matías –tenaz conservador y usurero de profesión²¹– y padre de Federico –perseverante heredero del espíritu de su abuelo²²– constituye la metáfora base para la comprensión del problema planteado a partir de los susodichos principios. Este personaje, al ser presentado –en cada uno de los actos que componen el drama– a partir de una determinada etapa de su vida, permite que el análisis del mencionado problema se realice a la luz del ciclo existencial de cada hombre de carne y hueso. Es dentro de este marco teórico-conceptual donde Víctor, sintiendo que se ha producido un cambio significativo en la esencia de su ser, anhela recuperar su identidad perdida que halla en sus años de juventud su esencia más propia. Para ello, entrega todos sus bienes a su hijo, en tanto que copartícipe del espíritu de su padre, buscando a través de ello restaurar la unidad y continuidad perdidas al heredar la fortuna de su padre. Véase a este propósito lo que Unamuno coloca en la boca de su agonista, en la Escena VII, del Acto II:

19 Carta de Unamuno a Francisco Antón Casaseca, Salamanca, 4.I.1910, Tellechea Idígoras, “Unamuno y F. Antón Casaseca. Epistolario”, en *Cuad. Cát. M. de Unamuno*, 36 (2001), 173-174.

20 Cf., M. de Unamuno, *El pasado que vuelve*, en *O.C.*, Madrid 1968, vol. V, 442. “Víctor 2º - El otro día, disputando con mi padre, por cuestiones de ideas, le echaste en cara su apellido, tu apellido, el mío, diciéndole: “¡Rodero habías de ser!” ¿Y tú no lo eres? // Víctor 1º - No, hijo, no: aquí, entre nosotros, se puede decir todo. Yo soy Landeta, tú eres Landeta”.

21 Cf., *Ib.*, 374-375. “Deudor – Pero, por Dios, don Matías, por Dios... // Don Matías – Dios nada tiene que ver en estas cosas. // Deudor – Pero, don Matías... // Don Matías – El negocio es el negocio. Lo siento mucho, pero usted se metió en ello. Tengo su pagaré... // [...] // Deudor – Pero si yo, don Matías... // Don Matías – Si fuese a hacer caso a todos los que me vienen llorando, a estas horas estaría arruinado... Haberlo pensado antes...”

22 *Ib.*, 402-403. “Federico – Sí, dirás, como papá, que gusto de generalizar en exceso. Pues bien: sí estoy decidido a casarme, en principio, deductivamente, como dice papá. // Amalia - ¿Te has enamorado? // Federico - ¿Enamorarme...? Vaya una tontería. Para casarme no es necesario enamorarse... // Amalia - ¡En mi tiempo sí! // Federico – Ni en tu tiempo. Pero, en fin, los tiempos han cambiado. Eso de fundar una familia es cosa grave, y sin una base...”

Vuelven los viejos días. Mejor, así me rejuveneceré. Esta fortuna, este bienestar me estaban enervando. Empezaba a sentir como ellos, como mi padre, como mi hijo; empezaba a dejar de ser el que fui²³.

Pero es la siguiente exclamación del protagonista la que mejor desvela la importancia de los principios a los que hacemos referencia:

*Y no podrán ahora decir que he cambiado, que me he hecho un redomado conservador, que ser filántropo no es ser*²⁴

Aquí, las expresiones “no podrán ahora decir que he cambiado” y “ser filántropo no es ser” reiteran de forma muy significativa la tesis unamuniana de que la identidad humana se concreta a partir de los principios ontológicos de la unidad y continuidad del ser, puesto que si la segunda expresión –“que ser filántropo no es ser”– pone de relieve la relación polémica que la identidad mantiene con la alteridad en la formación del yo personal, que se siente metamorfosarse con el fluir en el tiempo, la primera –“no podrán ahora decir que he cambiado”–, atendiendo a la referida temporalidad, manifiesta el deseo de actualización de la propia identidad, ya sea a través de la transformación del recuerdo pasado en esperanza o porvenir futuros, ya sea a través del deseo de estructuración de la existencia personal a partir de una determinada finalidad existencial.

Cabría subrayar aún a este propósito que este doble afán unamuniano de unidad y continuidad del ser puede deslindarse en la Escena V, del Acto III, donde las expresiones “tú harás lo que yo no pude hacer” y “soñé siempre con recobrar mi pasado” no nos permiten dudar de la importancia de los referidos principios en la configuración del ensueño humano de inmortalidad. He aquí lo que el autor pone en boca de Víctor, en el diálogo que mantiene con su nieto, símbolo del desdoblamiento de la edad del protagonista.

Víctor 1º – Yo, yo me oigo cuando te oigo. Eres el que dejé hace cuarenta años en el camino de la vida. Siempre, Víctor, siempre me atormentó este problema de que estemos muriendo cada día. Vivir es morir. El hombre que somos hoy entierra al que ayer fuimos, y el de mañana enterrará al que somos hoy. *Soñé siempre con recobrar mi pasado*, con verme y abrazarme tal cual fui. ¡Y se cumple, se cumple! Vamos sembrándonos por el camino de la vida. *Tú harás lo que yo no pude hacer*; yo haré, yo haré de nuevo lo que entonces no hice, ¿verdad, Víctor, verdad?

23 *Ib.*, 427.

24 *Ib.*, 427.

Víctor 2º - Sí, Víctor, sí; yo haré, yo haré, yo haré lo que hace cuarenta años no pude.²⁵

Quisiéramos finalizar el artículo señalando que dichos principios están presentes en el pensamiento del autor desde el primer período de su formación intelectual (1884-1897). Las obras *En torno al casticismo* y *Paz en la guerra* constituyen a este propósito dos documentos a tener en cuenta²⁶, dado que nos proporcionan un análisis muy detallado de los rasgos elementales de la ontología del autor.

Atendamos, en primer lugar, al principio de unidad. Si se analiza con detalle la novela *Paz en la Guerra*, de 1897, pronto se hará patente que el principio de unidad ontológica edifica y configura los más diversos ámbitos de la realidad física y espiritual del pueblo español. Si nos centramos, por el momento, en su ámbito exclusivamente espiritual, verificamos que el “sentimiento de la mortalidad” constituye uno de los principios de unidad del hombre unamuniano como lo demuestra la utilización que el autor hace del mismo a partir la figura de Don Juan, el patriarca de la Familia Arana.

“En la familia Arana –escribe Unamuno–, dejó la partida de doña Micaela estela de seriedad; el sentimiento de la muerte envolvía, cual acorde profundo, a los menudos sucesos todos cotidianos, dándoles, con unidad armónica, vida profunda; teñía la infinita trama de la vida ordinaria. [...] Don Juan notaba que le habían arrancando una costumbre, y aunque su hija llenaba la casa, todas las mañanas sentía el silencio de un rumor continuo que había sonado en su alma, sin él darse apenas cuenta hasta entonces”²⁷.

Se verifica también en la misma obra la presencia del principio de unidad en la estructuración de la propia comunidad universal, puesto que dicha noción, refiriéndose al “principio general de la armonía de los contrarios”, emerge como causa de la unidad de los pueblos a lo largo de la historia de la humanidad, lo que es particularmente significativo si se tiene en consideración el título de la novela.

25 *Ib.*, 440-441. [Los subrayados son nuestros]

26 Cf., M. Álvarez Gómez, *Unamuno y Ortega: La búsqueda azarosa de la verdad*, Madrid 2003, 95ss. En este estudio, su autor, partiendo de las analogías de la experiencia de Kant, procura determinar con el máximo rigor posible los principios ontológicos de la filosofía unamuniana. Asimismo, su particularidad, alejándose de la pretensión de establecer una influencia directa de Kant sobre su pensamiento del bilbaíno, estriba más bien en la posibilidad de explicitar su pensamiento a partir de una base filosófica sólida. Hecho muy pocas veces logrado, incluso en clave filosófica, por cuanto sus ensayos edificados bajo un suelo inminentemente literario, dificultan un análisis detallado de su sistema teórico-conceptual.

27 M. de Unamuno, *Paz en la Guerra*, en O.C., Madrid 1967, vol. II, 219.

Muéstrasele la Historia lucha perdurable de pueblos, cuyo fin, tal vez inasequible, es la verdadera unidad del género humano; lucha sin treguas ni descanso. Y luego, zahondando en la visión de la guerra, sumerge su mente en la infinita idea de la paz²⁸.

Centrémonos ahora, en el principio de continuidad. Retrocediendo dos años hasta llegar a 1895, quisiéramos analizar, de igual modo, la obra ensayística *En torno al casticismo*, dado que condensa pasajes muy significativos acerca del tema. He aquí lo que escribe el bilbaíno acerca del vínculo que mantiene el principio de continuidad con su hombre intrahistórico.

En nuestro mundo mental flotan grandes nebulosas, sistemas planetarios de ideas entre ellas, con sus soles y sus planetas y satélites y aerolitos y cometas erráticos también; hay en él mundos en formación y en disolución otros, todo ello en un inmenso mar etéreo, de donde brotan los mundos y adonde al cabo vuelven. El conjunto de todos estos mundos, el universo mental, forma la conciencia, de cuyas entrañas arranca el rumor de la continuidad, el hondo sentimiento de nuestra personalidad. En lo hondo, el reino del silencio vivo, la entraña de la conciencia; en lo alto, la resultante en formación, el *yo* consciente, la idea que tenemos de nosotros mismos²⁹.

Si es interesante advertir como para Unamuno la “consciencia” –en la cual están contenidos todos los sistemas de ideas que hacen parte de la idiosincrasia de cada individuo– se constituye como soporte ontológico de la continuidad del ser del hombre individual, no es menos interesante observar también que la “tradición intrahistórica” de un determinado pueblo se presenta como el principio de continuidad de la propia sociedad española, puesto que, siendo los sucesos históricos esencialmente finitos y cambiables en el tiempo, la continuidad de un determinado pueblo deberá buscarse en el sustrato que los fundamenta y origina, como lo evidencia el propio autor cuando afirma:

Lo que hace la continuidad de un pueblo no es tanto la tradición histórica de una literatura cuanto la tradición intrahistórica de una lengua; aun rota aquella, vuelve a renacer merced a ésta³⁰.

En definitiva, para Unamuno, el conato spinoziano de persistencia que anima la constitución ontológica de su hombre de carne y hueso implica que su identidad, la esencia misma de su ser, no sea interrumpida en su unidad y continuidad exis-

28 *Ib.*, 299.

29 M. de Unamuno, *En torno al casticismo*, en *O.C.*, Madrid 1966, vol. I, 814.

30 *Ib.*, 806.

tenciales. Sin embargo, dado que, por un lado, el tiempo preside la constitución ontológica de todos los hombres intrahistóricos, y dado que, por otro, la sucesión cronológica de sus estados de consciencia presenta metamorfosis que afectan a su unidad y continuidad existenciales, el proyecto unamuniano de persistencia se percibe, desde sus orígenes, amenazado por el espectro de la alteridad. Precisamente, por ello, el hombre intrahistórico, si quiere mantenerse fiel a su orientación ontológica originaria, deberá conservar la identidad de su existencia a partir no solo de la persecución continuada de una determinada finalidad, sino también del esfuerzo por hacer de su recuerdo pasado esperanza o provenir futuros.